
RECORDAR, ¿ES VIVIR?

Margarita Recavarren



DURANTE LA ETAPA DE DOLOR Y SANGRE que asoló nuestro país a partir de 1980, la zona andina fue la más perjudicada, tanto por el elevado número de sus campesinos asesinados como por el alto índice de personas civiles afectadas y la destrucción de su precaria infraestructura.

Dentro de esta zona, si bien es cierto que en el departamento de Puno no hubo desapariciones forzadas, las provincias de Melgar, Carabaya, Azángaro y Lampa fueron escenario de crueles incursiones senderistas y de las consiguientes represalias de las fuerzas del orden contra las poblaciones acusadas de “colaboracionistas” por ambos bandos en conflicto.

Han transcurrido diez años desde que la captura de Abimael Guzmán y de los principales líderes subversivos permitiera a la población recuperar el aliento. Pero tanto dolor y tanta muerte causaron estragos muy profundos, cuyas consecuencias aún no podemos evaluar adecuadamente. Y no sé si algún día lograremos hacerlo, porque resulta muy difícil conocer un tipo de temática que es muy dolorosa para los afectados, que tiene efectos profundos y prolongados sobre ellos, la familia y la sociedad, aunque no sean visibles.